

---

José Luis Redondo

## Fracaso de la COP 27

La reunión de 200 países en Sharma el Seikt, en Egipto, ha sido un nuevo fracaso en el intento de frenar el cambio climático. Las conclusiones ni siquiera hacen una recomendación para frenar las emisiones de gases de efecto invernadero, G.E.I., como proponía la Unión Europea. Se está valorando como un avance la creación de un fondo de ayuda a los países más pobres, pero no se concretan ni las aportaciones ni los países involucrados como donantes y como receptores, y se deja su concreción a un comité posterior. Sin embargo, ya existía desde la Conferencia de París el compromiso de donar 10.000 millones de dólares anuales, que no se ha cumplido. Ahora se abre una batalla entre los países por no ser donantes y rebajar sus aportaciones, Ya China, el mayor emisor de gases, se ha excluido, igualmente pasará para ser receptor. También se abre el camino a que empresas y fundaciones participen en la creación del fondo.

En las conclusiones se llama retóricamente a reducir progresivamente las subvenciones al uso del gas y petróleo y a abandonar el carbón como productor de electricidad, lo que ya se había dicho en el COP26 en Glasgow. Puede constatarse que la Conferencia ha servido para cerrar acuerdos para extraer gas en África y desarrollar gaseoductos hacia Europa, impulsados por la guerra de Ucrania y el intento de evitar la compra de gas ruso, lo que va en contra de la reducción de emisiones. La presidencia egipcia ha contribuido a estos resultados.

Hay que huir de intentar paliar este fracaso, como intentó Antonio Guterres: esta falta de acuerdo significa que *se renuncia a que la temperatura atmosférica suba solo 1,5°C a finales de siglo*. Esta pretensión ya parecía imposible, puesto que ya ha subido 1,1°C y con las emisiones actuales en 9 años alcanzaremos el límite.

Los informes científicos ya habían establecido que el límite de emisiones de CO2 eran de 350 p.p.m., pero ya en 1988 se habían alcanzado 352 p.p.m. y en 2022 las 420 p.p.m. Para que las emisiones sean nulas en 2050, según los acuerdos de París, tendrían que reducirse un 5% cada año, como pasó en 2020 por el Covid. Debe señalarse que los gases emitidos siguen en la atmósfera contribuyendo al cambio climático. Con el ritmo de emisiones actual la temperatura atmosférica subirá al menos 2,5° C al final de siglo, con consecuencias catastróficas.

Ante la incapacidad de frenar el cambio climático tendrían que tomarse medidas de *mitigación y adaptación*, pero en este campo tampoco se ha avanzado.

Salvo los negacionistas recalcitrantes, como Trump, Bolsonaro o Ayuso, se ha aceptado como un hecho la existencia y las consecuencias del cambio climático. Consecuencias que ya vemos, sequías que producen hambruna y plantean la escasez del agua potable como uno de los problemas mundiales, incendios más frecuentes e intensos, cambios en los cultivos por aumento de la temperatura, lluvias e inundaciones, huracanes más frecuentes, pérdidas enormes de especies animales y vegetales, deshielo del ártico con subida del nivel del mar y desaparición de glaciares, deshielo del premafost siberiano con emisiones de metano que multiplica el efecto invernadero... con consecuencias catastróficas para la humanidad.

Puesto que parece inútil negar el cambio climático, los esfuerzos de empresas y países dependientes de los combustibles fósiles se están centrando en retrasar las medidas, como ha ocurrido en la COP27. La otra línea de esfuerzos es la del *greenwashing* para los negocios, presentando como verdes hasta a los mismos que se dedican a la explotación de los combustibles fósiles. En la actual situación mundial la UE es avanzada en la lucha contra el cambio climático, pero también ha retrocedido, ha proclamado como verde al gas (que emite CO<sub>2</sub> al quemarlo) y la energía nuclear, que plantea otros problemas, como la contaminación por los residuos de alta duración.

Otro recurso retórico que se está utilizando consiste en encomendarse a desarrollos tecnológicos futuros para poder absorber los G.E.I, cuando la urgencia de actuar es evidente y esos desarrollos son hipotéticos.

El esfuerzo que cada habitante del planeta haga para reducir el consumo de energía no basta. El desarrollo de las energías renovables tampoco puede frenar el aumento de la temperatura ni sustituir a los combustibles fósiles, mientras se mantengan los consu-

mos de energía actuales.

Hay que repetir una y otra vez que hay que pasar de una tecnología basada en los combustibles fósiles, que ha arrancado con la revolución industrial, a un consumo de estos mucho menor, dejando sin explotar el 60% de las reservas de petróleo y gas y el 90% de las de carbón.

Menor consumo de energía supone menor crecimiento, lo que parece imposible en el sistema capitalista. Así que luchar contra el cambio climático lleva consigo una propuesta anticapitalista y otro modelo social, no avanzar en esta línea nos lleva al colapso de nuestra civilización. Para esta transición se necesitan recursos que solo pueden aportar los ciudadanos y los países más ricos, mientras la presión para el cambio tiene que dirigirse a los países más contaminantes.

Al tiempo que se aborda la mitigación y la adaptación, los activistas deberían proponer otro modelo social, con cambios en la agricultura, la industria, la movilidad y el habitar, para impedir o mitigar el colapso. Otro mundo es posible.